

Caso alumno:

Loreto de la Vega

No me considero una mujer prejuiciosa, al menos creo no ser de aquellos que establecen juicios de manera presurosa, sin embargo existen excepciones, y Elías fue una de ellas.

Cuando llegué a mi centro de práctica, se me informó que haría mi práctica de Artes, en el primero C. Para cubrir las muchas horas de permanencia, me ofrecí a realizar un taller de matemáticas que por horario, acordamos sería al segundo B. El profesor me ofreció realizar una especie de tutoría para los que denominó "los peores del curso", no temí al desafío y me presenté ese jueves con toda la disposición de comenzar una clase que sabía, no sería fácil.

Así conocí a Elías, un joven de 17 años, cabello claro, ojos verde oscuro, de complexión media pero fuerte. Ni alto ni bajo. El profesor llamó a un grupo por sus apellidos, que resultaron ser siete hombres y me preguntó si deseaba trabajar con ellos en la sala o en otra parte, yo prefería hacerlo en una sala contigua, solitaria, que disponía de pizarra y asientos. Todos parecían intrigados y ansiosos de verme, reían a mis espaldas y se golpeaban entre ellos. Yo fui lo más amistosa que pude, me presenté y les pedí que me dijeran sus nombres, les pedí que nos sentáramos todos en la mesa del profesor, en círculo ya que éramos pocos, expliqué la unidad y di ejemplos en la pizarra, luego les pedí que pasaran uno a uno para realizar ejercicios. Al principio, como era de esperarse, nadie quiso salir. Los observé conversar y reír, se veía un grupo unido, todos amigos entre sí, hablaban en torno a la marihuana y la fiesta del fin de semana, me preguntaban por mi vida y me piropeaban.

Recuerdo haber visto en Elías el epítome del chico marginal. No vestía precisamente uniforme escolar, andaba más bien "sport", con zapatillas y buzo. Tenía un aro en la oreja, y un corte de cabello típico de algún futbolista de moda o cantante de reggaetón. Se expresaba con rudeza, con un lenguaje muy informal, hablaba de forma graciosa alargando casi todas las terminaciones de las palabras. Si bien en edad es un niño, se

desenvuelve con la presencia de un adulto pero con mucho sentido del humor. Al principio noté en él un poco más de interés, rápidamente me di cuenta que tal interés era más bien algún tipo de galantería, ya que insistía en expresar que me encontraba muy "linda" y me preguntaba por mi vida, si era soltera y esas cosas. Entendí que no lograría avanzar en mi tutoría hasta que no nos diéramos el momento de conocernos más. Estaban curiosos y la verdad, yo también quería saber más de ellos. Me expresé con naturalidad, como si fuésemos amigos charlando en el living de una de nuestras casas. No sentí con ellos la presión de ser la profesora practicante, les dije que esto lo hacía por gusto y que mi intención era ayudarlos, a los que quisieran. Que no estaban obligados y que asistir a mi ayudantía era absolutamente voluntario.

Noté el cambio en seguida, un par de chicos estaba francamente "en otro mundo", Elías siempre estuvo cerca de mí, hacía bromas sobre robar el borrador de la pizarra o el plumón, y cuando lo miraba para entender qué estaba haciendo, se reía y actuaba de forma misteriosa. Entonces me preguntó abiertamente y como una broma, si yo creía que eran ellos delincuentes. Yo lo miré seria, me puse de pie y no me dejé intimidar por sus palabras. ¿Eres delincuente, Elías?, le pregunté. Los compañeros al principio se silenciaron y luego rieron. El chico agachó la cabeza y me dijo que no, pero con un modo extraño, como aquellos que se defienden frente a las cámaras cuando los lleva la policía. Era una especie de negación lastimera, pero falsa. Yo les dije a todos que a mi no me importaba quienes eran fuera del colegio, que todos teníamos vidas tras esas puertas. Que yo creía en ellos y que confiaría en ellos, si ellos confiaban en mí.

Al terminar la clase, Elías se acercó a mí en el recreo. Se sentó a mi lado y me dijo que hoy estaban todos drogados. Yo le dije que lo había notado y él quedó sorprendido de que yo no lo hubiese reportado a nadie, siendo nueva ahí.- Yo no voy a hacer eso, es tu vida y ustedes ya son grandes. En verdad no era lo que pensaba, sin embargo me di cuenta que no serviría de nada sermonearlo. Ellos están acostumbrados al sermón, tanto que les es inútil y son inmunes. Me di cuenta que el darle el estatus y el tratamiento de "alguien mayor" me dio la opción de generar un diálogo muy franco con él y luego con otros. Ellos me

cuentan las cosas porque de cierto modo sienten que yo los respeto, y ellos me respetan a mí.

Así me enteré que mi estudiante, es de hecho hijo de padres profesionales, o al menos eso me dijo a mí. Ambos químicos farmacéuticos, de Calama. Lo dejaron al cuidado de su abuela en una población muy marginal, para que estudiara en Santiago... nunca he sabido porqué. La abuela trabajaba todo el día y la opción de Elías era la calle. La calle y los amigos. Se refiere a sus padres con distancia, pero no noté mayor resentimiento, al menos en esa conversación. Me dijo que sus padres eran profesionales y al ver mi cara de asombro, me encaró con gracia,- No me cree, porque soy muy flaite. Lo negué, cuando en realidad había un poco de razón en sus palabras. Yo creo que ambos lo sabíamos.

Me contó que se drogaba a diario, con marihuana, alcohol y "se clonaba" que es el eufemismo para referirse al Clonazepam, una especie de anti psicótico que los deja adormecidos pero contentos, y les hace más llevadera la aburrida jornada escolar. A veces tomaba otras cosas, que no me dijo. Le pregunté dónde conseguía el Clonazepam, porque yo sabía que estaba sujeto a control de psicotrópicos, -en el persa- me contestó- a 3 por luca, ¿quiere que le traiga?- Y rió. Quedé impactada de la facilidad con la que conseguían drogas. Me contó, acompañado de su amigo "El Cocho" que también está en mi grupo de tutoría. Entre los dos me confesaron las más variadas cosas, de sus hábitos delictuales, que juntos asaltan a las señoras del barrio alto, rompían los vidrios de los autos y robaban las carteras. Demostraban tener conocimiento acabado sobre el sistema judicial chileno, las penas que arriesgan, los beneficios de ser menores de edad, los tipos de asaltos, etc.

Me contaron que salían armados, que eso inspira respeto en sus círculos. De la importancia que tiene para ellos conservar ese respeto. Es su mayor posesión. Vi un nombre de mujer en la medalla que Elías carga en el cuello, le pregunté de quién era ese nombre -De mi abuela, se murió el año pasado- Sus ojos se entristecieron. -¿Y tú te criaste con ella, eran apegados?- Sí, mi mami me crió. Me agarraba a palos porque me lo merecía y fue como mi mamá- Sus ojos se humedecieron y su voz se tornó temblorosa. -Pero no me gusta hablar de eso- Yo entendí.

Me contó de muchas más cosas. Cómo su mejor amigo está en prisión preventiva hace casi un año por haber matado a un guardia fuera de una discoteque en Las Condes. Estaban juntos con más amigos, el local se reservaba el derecho de admisión y no los dejaban entrar por "flaites". Para él era un dolor muy grande, me dijo que todo fue confuso y accidental. Que extrañaba mucho a su amigo. Me contó que su hermano era adicto a la pasta base, pero que se había rehabilitado. Elías se juró no tocar esa droga maldita.

Siempre es cariñoso y se alegra de verme. Yo le conté de mi vida, de mis sueños y le abrí mi corazón como él lo hizo conmigo. Él me dice que sabe que está mal, pero que le gusta ser así, pero que no será para siempre. Que cuando se case y sea padre, no seguirá robando ni drogándose, que no es la imagen que quiere dar a sus hijos. Tiene un sentido extraño de la responsabilidad, sin embargo es muy inmediato en su sentido de la felicidad. Para él la vida es salir con la Berenice, su novia y ahora parte de mi grupo de matemáticas, sus amigos y divertirse.

Algunas veces está muy drogado, aspira el gas de los encendedores o toma metanfetaminas y lo veo distorsionado, con la mirada perdida o eufórico. Le gusta cantar cuando está drogado, lo hace en voz alta y no tan mal, aunque bastante peor de lo que él mismo cree. Canta canciones de amor y canta canciones que dice que son para mí, de mi época, el otro día me cantó "De música ligera" de Soda Stereo.

Desde ese día, en que cantando solo y a alto volumen a pesar de mi enojo, mientras estábamos en el patio en una ayudantía de matemáticas en que el director de la escuela salió a amonestarlo, no supe mucho más de él. - Qué se cree señor, aparte cree que canta bien cuando canta pésimo.- Nah que ver, canto bien- señaló Elías al director. -Cállese y cálmese, vamos a conversar los dos después.- mi estudiante alegó argumentos ininteligibles, balbuceó enojado y se sentó para seguir cantando, de la misma forma. Estaba más drogado que otras veces, ido, con los ojos distorsionados, la boca seca. Eufórico. Bere, su polola me miró como pidiendo perdón.- No te preocupes, espera que se le pase y hablas con él. Ahora no es el momento, no nos va a escuchar. -Pero profe, no la van a retar a usted?- Me preguntó- No Bere, no creo, y si es así yo me las arreglo, no te preocupes- Ella estaba muy triste y enojada,

Elías quería abrazarla y ella lo alejaba bruscamente, estaba muy odioso la verdad.

La siguiente ayudantía Elías no llegó. Le pregunté a Berenice qué sucedía con él, porqué no estaba presente.- Al Elías lo echaron, profesor me dijo muy tranquila y resignada. Quedé helada. Le pregunté las razones y no supo decirme nada en específico, me dijo que un poco por todo. Que se había ido a Calama con sus padres y que pasaría todo el verano allá. Me contó que sus planes eran volver el próximo año y hacer un dos por uno cuando cumpla dieciocho años. Me dijo encogiendo los hombros que era inevitable, que se veía venir que lo echaran, que ya había dejado demasiadas "cagadas".

A mí me parecía que Elías era casi todo eso que estaban diciendo, pero no tenía un comportamiento particularmente malo. Su rendimiento no era el peor del curso ni nada de eso. Era algo general en él, que no sabría describir, una mezcla de desinterés o falso interés en las cosas, un desarraigo o algo parecido. En cada conversación que tuvimos, en su alegría cuando nos encontrábamos en el patio y en su sonrisa, yo veía a un joven alegre, un chico que me daba la impresión de estar disfrutando a su distorsionada manera, de una feliz e irresponsable juventud. Pasándolo bien... No puedo culparlo del todo. Yo también viví mi juventud de la forma que quise, rompiendo códigos y reglas, a mi manera. Quizás no tan rebelde, nunca como Elías y probablemente en esa diferencia es que siento el abismo de distancia entre él y yo. Porque yo recuerdo mi resistencia a tener horarios de llegada en mi casa, mis peleas por eso, entre muchas otras cosas, pero nunca sabré que fue tener una niñez y juventud como él, en que dan las cinco de la madrugada en la calle, siendo un niño o un joven, sin tener nadie que salga a llamarte y obligarte a entrar a la cama.

Así fue como terminó todo con él. Pude ir a ver el libro de clases y escrutar la interminable hoja de anotaciones, con páginas extra añadidas y escritos en el borde. Un niño problema con todas sus letras, un flaite, un joven que incluso en un colegio como éste en que la vulnerabilidad social es muy alta y el nivel socio cultural muy bajo, es un marginado. Lo más bajo de la escala social. Y sin embargo un niño que en mí provocó tanto cariño, que no dejo de sentir la tristeza de verlo dejado a su suerte en la vida, no ahora, sino desde siempre.

